

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS

COLECCION DE LEYENDAS, NOVELAS HISTÓRICAS, VIAJES, ETC.

POR DISTINGUIDOS ESCRITORES MODERNOS.

ILUSTRADA CON 200 GRABADOS.



11 JUL. 1973



JOSÉ T. GIRBAU BERENGUER
ABOGADO

BARCELONA.

LIBRERIA DE JOAQUIN VERDAGUER,

RAMBLA FRENTE AL LICEO.

1857.

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

LEYENDAS.

La Campana del mercader, por M. Thevenot, pág. 9.
 Las Lavanderas, por Gabriela de Poligny, p. 41.
 La Rosa de los Alpes, por F. Auderbrand, p. 49.
 La Hora del diablo, por P. Louisy, p. 65.
 La Encina de los pesares, por Gabriela de Poligny, p. 73.
 Una Broma pesada, por A. Rogier, p. 97.
 La Cruz de los cuatro caminos, por A. Thevenot, p. 137.
 El Corazon frio, por Elisa Tourgin, p. 158, 164, 170, 176.
 Una Elegia en el cabo de Hornos, por F. Dabadie, p. 163.
 El Puñal de plata, por F. Audebrand, p. 169.
 El Saboyardo y su protectora, por A. Lavoipierre, p. 178.

NOVELAS.

Sencillez y perseverancia , por J. Bell , pág. 1.
La Giralda, ó una conspiración de treinta horas en Sevilla ,
por A. Bast , p. 2, 10, 18.
Una Historia de cada día , por J. Bell , p. 17.
La Granja de Senectensin , por idem , p. 22.
El Castillo de las tres torres , por M. Mery , p. 28, 34, 45.
Las Fresas (anónima) p. 33.
El Secreto del Polichinela , por A. Robert , p. 51, 59, 68,
74, 83.
Recuerdos de ultramar, Un Negro cimarron , por A. Garreau ,
p. 57, 122.
Estevan y Claudina , por A. Santeul , p. 81.
Los Zapatos del gran Corneille , por P. de Lascaux , p. 89, 98.
Madama de Pompadour en Compiègne, ó la Sobrina de Pous-
sin , por A. Bast , p. 91, 99.
El último Ángel de Corregio , por A. Lavoipierre , p. 105.
Las dos Hijas del pescador , por V. Herbein , p. 106, 113.
Martin de la Virgen , por T. Delord , p. 121.
La Hija del marinero , por la condesa de Bassanville , p. 129.
Grano de sal , por S. Lapointe , p. 131, 138.
La Criolla de la Habana , por H. de Gay , p. 141, 147, 156.
La Conquista de una muger , por J. Bell , p. 145.
Amor de hijo , por A. de Perdiguer , p. 151, 157.
La Mezquita de Mansouran y el sitio de Tremecen , por F. de
Vez , p. 153.
El Pollo del cardenal Dubois , por A. Bast. p. 161.
El Domador de fieras (anónima) p. 167.
La Familia de Senneville, (episodio histórico del 1812), por
C. Ostrowski , p. 185.
El Lapidario , por B. Soulas , p. 186.
Una Actriz carmelita , por A. Lavoipierre , p. 189.
La Sala misteriosa , por P. Feval , p. 192, 201, 209, 217.
El Enano del rey de Polonia , por M. Roger , p. 195, 202,
218, 225, 233, 243, 251, 259, 270, 279, 287, 295.
El Prófugo , por E. Berthet , p. 197, 206, 214, 223, 227,
235, 246, 254, 260, 267.
Un Corazon para dos amores , por G. A. Larrosa , p. 228,
238, 247, 255, 263, 271.
Teresa la morena , por Ferney , p. 241, 249, 257, 265, 273.
Odio á bordo , por M. G. de la Landelle , p. 274, 281,
289, 297, 305, 313, 321, 329.
El Mal de infierno , por P. Feval , p. 335, 337, 345, 353,
361, 369.

VIAJES.

Diario de una institutora en Rusia, por Maria Neville , p. 6,
13, 20, 31, 37, 46, 54, 63, 70, 78, 86, 95,
101, 108.
Una Caza india en Far-West, por H. Revoll, p. 116, 126, 133.
Una Escursion á China , por P. Raymond, p. 173, 179,
190, 199.
Esteron de viage, ó efectos de una buena accion , por A. de
Bast. p. 175, 182.
Valle de Andorra, por M. Elias Berthet , p. 371, 377.

VARIETADES.

Antigüedades romanas, p. 110
Antiguos privilegios de los abogados, p. 21.
Astrología. — El número siete, p. 344, 352, 376.
Aventura de Milton (una), p. 136.
Biografía de D. Antonio Capmany, p. 8.
Bellas artes. — El grabado, p. 112.
Carnaval (el), p. 216.
Calendas de Flora, p. 200.
Ciudadanos honrados, p. 15.
Costumbres populares, p. 136.
Cristoval Colon, p. 105.
Cuentos, p. 174.
El génio y el príncipe, p. 120.
Fechas de algunos descubrimientos importantes, p. 104.
Ferocidad de los espectáculos del Circo en Roma, p. 88.
Forzudo (el), p. 152.
Fuego griego, p. 21.
Globos aerostáticos, p. 304, 320, 328.
Gongora (Luis de), p. 111.
Guirnalda nupcial que no se marchita (la), p. 120.
Hermosura de la muger casada, p. 120.
Habla de amor (el), p. 152.
Ilusion (la), p. 151.
Istmos, p. 312.
Lazzaroni (el tenor), p. 128.
Llave (la), p. 128.
Maximas, p. 16, 21, 64, 104, 216.
Navegacion submarina, p. 32.
Papas españoles { San Damasco, p. 16.
 { Calixto III, p. 20.
Pascua y fiestas movibles, p. 287.
Pobreza en amores (nuestra), p. 120.
 { La Cruz del desierto, por D. G. Larrosa, p. 111.
Poesias { La mejor dicha, por idem, p. 168.
 { Jerusalem, por D.^a R. Armiño de Cuesta, p. 288.
Porvenir del hombre (el), p. 152.
Prevision atinada, p. 128.
Primeras sociedades sabias de Europa, p. 80.
Telégrafos eléctricos, p. 183.
Ticiano (el), p. 144.
Ventas célebres, p. 312.
Volcanes (los), p. 119.
Ya no tiene cabeza., p. 160.

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 1ª.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la librería de J. VERDAGUER, Rambla frente al Liceo. — SALA hermanos, calle de la Union. — SUBIRANA, plaza de la Constitución. — OLIVERES, calle Ancha y Fus-
teria. — MANERO, frente al teatro Principal, n.º 7. — GINESTA, calle de D. Jaime I. —
CERDÁ, plaza del Angel. — GARCIA, calle de la fuente de San Miguel.

Toda la correspondencia se dirigirá franca, á los Señores FONT y BLANCH, en la Librería
de Joaquín Verdaguer, Rambla, n.º 5, Barcelona.

PRECIO.

En BARCELONA, por 4 entregas

Llevadas á domicilio 2 rs.

En las Provincias, por id. 3 rs.

Cada Entrega suelta 6 cuartos.

Por las ventajas que nos cabe la honra de ofrecer á nuestros suscritores con esta publicación, creemos haber resuelto uno de los mas difíciles problemas de la tipografía española. Deseando proporcionar á los padres de familia en particular, y á todas las clases de la sociedad en general, una lectura tan amena como instructiva, no hemos omitido ningún sacrificio para consignar en nuestras columnas el interés de la novela, de la historia, de los viajes y del grabado sin menoscabo de la moral ó de las buenas costumbres; y hermanando con una baratura verdaderamente fabulosa todo el lujo de que es susceptible una impresión esmerada, nos ha parecido inútil insinuarnos en el buen juicio del público con la gastada fraseología de los prospectos. Para obtener una perfecta ejecución en los grabados hemos apelado al buril de los mejores artistas europeos, y para que no pueda falsearse con extractos ó copias mutiladas el mérito de las obras literarias, hemos adquirido su propiedad exclusiva á fuerza de considerables desembolsos.

Cada número irá adornado con cuatro láminas del tamaño de la presente entrega, y además de una leyenda íntegra, contendrá un artículo de NOVELA, otro de VIAJES, y una seccion de VARIEDADES que dedicaremos á la historia, á la poesía, á las ciencias, y á la descripción de los monumentos de las glorias españolas.



Colocado entre dos olas, llama á gritos al capitán del bergantin. (Pág. 2, col. 1ª.)

SUMARIO.

NOVELAS: Sencillez y Perseverancia, por M. JORGE BELL. — *La Giralda ó una conspiración de treinta horas en Sevilla*, por M. AMADEO DE BAST. — **VIAJES:** Diario de una institutora en Rusia, por la Señorita MARIA NÉVILLE. — **VARIEDADES:** Biografía de Capmany, por V.

SENCILLEZ Y PERSEVERANCIA.

por M. JORGE BELL.

1.

— Caballero, vuestras historias reúnen al interés de la novela, otra circunstancia en mi concepto inestimable, cual es la verdad.

En estos términos hablaba yo á M. Tomás Forestier, á quien había encontrado en una de las elegan-

tes reuniones literarias que tan frecuentes eran en otro tiempo, pero que en la actualidad han dejado de celebrarse.

M. Tomás Forestier se distingue entre los mas intrépidos y numerosos viajeros de este siglo, pero siempre se ha abstenido de visitar los sitios á donde concurre la muchedumbre, é inútil es por consiguiente decir que no ha estado en España ni en Italia. En cambio conoce el territorio de Francia como el que mas, puesto que le está recorriendo de continuo. Hablele de la atalaya de Béthune, del rey de Chevières, de la torre pentagonal de Orthez ó de los saladares de la Guérande, y os dejará estupefactos con su saber y su filosofía.

— Después de haber pasado la buena estación en los Pirineos y recorrido las pintorescas montañas que parten términos entre España y Francia, comenzó diciendo M. Tomás Forestier, me hallaba en las playas del Océano en el mes de setiembre, ó sea, cinco meses después de haber visitado las del Mediterráneo. Nada hay en el mundo que se parezca menos que aquellos extremos opuestos de una misma cordillera,

que puede atravesarse en pocos días en toda su longitud; nada hay tan diferente como la orilla francesa y la ribera española en aquel ángulo profundo de golfo de Gascuña.

Sobremamente aficionado á aquellas playas, paseábame con frecuencia por el camino de San Juan de Luz á Andava, y me complacía en observar á los vascongados de la comarca, que forman una robusta población de labradores y marinos intrépidos, sencillos, aventureros y hospitalarios.

Entre aquellos vascuencos, con quienes alternaba diariamente, había uno que llamaba mi atención mas que los otros. Llamábase Etchardo, tenía veinte y cuatro años cuando le conocí, y habitaba con su anciana madre en una casita de propiedad suya, situada en el muelle de San Juan de Luz. Estendíase las olas hasta el umbral de la casita, y amenazaban continuamente con sumergirla.

No eran pocas las muchachas que en las fiestas adonde concurría con frecuencia le contemplaban con interés en medio del bullicio del baile; pero hacia cinco años que no correspondía á ninguna mirada ni

provocaba á nadie con las suyas, porque estaba enamorado de una jóven de Ainhoa, llamada María, con la cual debía casarse luego de concluida la cosecha de otoño.

Tiempo hacia que nos habíamos propuesto visitar los dilatados bosques que se extienden al rededor de Ustariz y donde se conservan todavía algunos vestigios de la antigua civilización de los cántabros. Debíamos ponernos en marcha en 30 de setiembre para restituírnos á San Juan de Luz en 3 de octubre. El día 29, según mi costumbre, me hallaba en las rocas que dominan el Océano, y habiéndome sentado en una peña tajada á 150 pies de altura sobre el nivel de las olas, disfrutaba del espectáculo de la tempestad mas imponente que jamás he visto.

El mar estaba negro; silbaba el vendabal, y las olas se iban acumulando para estrellarse rápidamente, coronadas de blancos copos de fosforescente espuma; hubiérase dicho que á la luz del día iban á suceder repentinamente las tinieblas de la noche, ó que la agitación de las olas argüía las convulsiones de una naturaleza moribunda.

Mas de una hora estuve solo, contemplando un espectáculo que nunca se borrará de mi memoria.

Apareció de repente y en el estrecho límite del horizonte un punto blanco, luminoso y casi imperceptible, pero que fué tomando cuerpo de cada vez mas.

Era un sólido y elegante bergantín que sostenia el ímpetu de las olas con rara destreza. La tripulación debía de componerse de marinos escogidos, pues así lo indicaban sus maniobras á cualquiera persona habituada á las escenas marítimas; pero la embarcación era demasiado frágil para luchar contra una tormenta tan horrorosa, y su pérdida parecia inminente como no se le tendiera milagrosamente una mano providencial, aun á riesgo de perecer con ellos.

El muelle de San Juan de Luz se fué llenando paulatinamente de pescadores, que observaban con impaciencia la lucha empeñada por el buque contra la tempestad y contra el tumulto de las olas.

La inminencia del peligro iba creciendo por momentos. La tripulación habia echado en el puente las velas, los palos y las jarcias para sustraer la embarcación al furor del viento, y el bergantín se iba debatiendo sobre las olas á manera de frágil pontón.

En esto resonó sobre la playa una voz fuerte é imperiosa.

— Madre, la sogá, decía esta voz.

Yo la oí perfectamente desde lo alto de las acantiladas rocas adonde habia trepado.

Al propio tiempo apareció un hombre, que arrojándose al mar desde la playa, comenzó á luchar contra las olas con invencible fuerza y audacia para alcanzar el buque.

Este hombre era Etchardo.

Todos los marineros que habia en el muelle comprendieron inmediatamente el proyecto del jóven, y siguiéndole con la vista se aprestaron á secundarle.

El capitán del bergantín observó lo que estaba pasando en la costa, y acto continuo se hizo cargo del sacrificio de aquel hombre, que arriesgaba su vida para ofrecerle la última tabla de salvación.

Etchardo apretaba con los dientes un extremo de la sogá, cuyo rollo habia dejado en la playa, y á fuerza de trabajos estaba á punto de conseguir su objeto. Colocado entre dos olas, llama á gritos al capitán del bergantín, y este manda inmediatamente á su segundo que se traslade á la lancha que anda flotando al costado del buque para hacer frente á todas las eventualidades. Afortunado como intrépido, Etchardo consigue aferrarse al bordaje de la lancha, y levantándose por encima de la furiosa ola, echa al segundo la sogá salvadora, y apenas la siente en poder de una mano robusta se zambulle de nuevo en direccion á la costa.

La obra no está consumada todavía, pues apesar de la confianza que tiene en sus paisanos, Etchardo teme que no hayan alcanzado enteramente su proyecto.

La direccion de la ola facilitó su regreso, pues el intrépido jóven no tuvo que hacer otra cosa que dejarse llevar diestramente hácia la playa, y esta operación era un verdadero juego en comparacion de la que acababa de acometer. No tardó Etchardo en aparecer empapado en agua en medio de los trabajadores, que se ocupaban en fijar un sólido cable en el suelo. Todas las manos soltaron el trabajo por un momento para estrechar la del que acababa de dar tan noble ejemplo, pero luego volvieron á la obra para asegurar la salvación del buque, y una hora despues el bergantín se veia salvado milagrosamente del furor de la tempestad.

Etchardo se restituyó á su casa, y su anciana madre le colmó de bendiciones en tanto que preparaba nuevos vestidos para sustituir á los que su hijo habia dejado en el mar.

La tempestad iba amainando, como si la salvación del bergantín hubiese mitigado su furor. Las olas, aunque todavía encrespadas, iban recobrando su color azul, y solo silbaba ya tal cual ráfaga de viento.

Entretanto la embarcación quedaba amarrada al muelle viejo, y apenas hubo transmitido sus primeras órdenes, el capitán no quiso detenerse en ir á dar personalmente las gracias á su salvador.

Este capitán era un español de la América meridional, cuyo semblante varonil, trigüño y espresivo parecia tomado de un cuadro de Velazquez. Su fisonomía, su continente, sus modales, todo anunciaba su lealtad, su intrepidez y su inteligencia. Acercóse á Etchardo con suma cortesía, y estrechándole la mano le dijo en esta hermosa lengua castellana que comprenden perfectamente todos los habitantes de San Juan de Luz:

— Amigo, el buque que acabas de salvar con el rico cargamento que llevaba á Francia era mio, mas ahora es mio y tuyo. Permite que mi reconocimiento te ofrezca la mitad, y pues eres marino, bien puedes encargarte del mando del buque y gobernarle como mejor te plazca despues de haberme conducido á mi país. Mi fortuna es algo considerable, y este sacrificio es muy grato á mi corazón.

— Amigo, contestó Etchardo, no debo yo aceptar este sacrificio, pero si me atrevo á pedirte un obsequio de distinto género. Dentro de pocos dias he de casarme: María es la muchacha mas linda de Ainhoa, que no te dirá nada lo contrario, y ella es la que ha de ser mi mujer. Yo tengo para mi que la acción que he ejecutado hoy, ha de contribuir á mi dicha, pero mi satisfacción seria inesplicable si tú quisieras asistir á mi casamiento con tus marinos.

— Amigo, debiera ir al cabo del mundo por tí, é iria. Con mucho gusto esperaré algunos dias para asistir á tu casamiento.

Así se produjo el capitán español entretanto que brillaba una lágrima en sus párpados. Ni era posible contemplarle en aquel momento sin la mas profunda emoción.

II.

— Yo, añadía M. Tomás Forestier despues de haber recobrado el aliento, asistí tambien al casamiento de Etchardo, que fué una de esas fiestas campestres que alegran al corazón. María estaba radiante de hermosura con su traje de novia, y los marinos de la América meridional, con su capitán á la frente, la comparaban á las mas bellas flores de su país. Verdaderamente Etchardo era feliz.

— ¿Y ahora no? me atreví á preguntar á M. Tomás Forestier al ver que interrumpia su relación.

— No sé que viento hubo de soplar en el país vasco, continuó diciendo mi interlocutor, pero sí sé que todos los jóvenes del país se dejaron llevar de la manía de la emigración. A imitación de los otros, Etchardo partió para Buenos Aires, donde no siempre sonrie la fortuna á los que la buscan.

— ¿Con qué ha sido desgraciado?

— Mucho lo temo. Durante los primeros años me escribia con regularidad; pero luego cesó la correspondencia con una carta muy triste donde me anunciaba la muerte de su mujer, que le dejaba solo con dos tiernos hijos. Hace un año que recibí una carta muy satisfactoria, porque ponía de manifiesto toda la nobleza y magnanimidad que cabe todavía en nuestras antiguas é injustamente desacreditadas sociedades. Esta carta la llevo siempre en mi cartera, y si quieres leerla...

— Con mucho gusto, respondí. Y esto diciendo me puse á leer la carta, que estaba concebida en los siguientes términos:

« Amigo:

« Cuando recibiréis estas líneas, estaré ya muy lejos de Buenos Aires, porque me ha sucedido lo que voy á referiros.

« Ya sabéis que María falleció dejándome dos hijos que aun estaban en la cuna. Yo he criado los niños con la ayuda de Dios, y me ha cabido la satisfacción de verlos crecer en edad y en hermosura, pero tengo para mí que la Mariquita es aun mas hermosa que su madre. ¡Loado sea Dios!

« Hace algunos dias que mientras estaba trabajando en el campo, oí que me llamaban por mi nombre, y habiendo levantado la cabeza vi un gallardo jóven de muy despejada fisonomía, que me tendió la mano para entregarme una carta. Esta carta era un testamento.

« Soy el hijo del capitán Narciso Ovellano, díjome ese jóven. Ya veis lo que me manda mi padre

en su testamento. Mas de un año hace que os ando buscando en Francia y en América, y ya que por fin os encuentro me atrevo á pedirlos la mano de vuestra hija.

« En su testamento Narciso Ovellano imponia á su hijo la obligación de casarse con la hija de Etchardo, diciendo que este era el único medio que le quedaba para cumplir conmigo. No parece sino que siempre estaba pensando en el naufragio del golfo de la Gascuña.

« Narciso Ovellano poseía bienes inmensos en Chile, y su hijo, que era el jóven que iba á anunciarme su muerte y cumplir con su última voluntad, era el único heredero de todos aquellos bienes.

« Ya conoceréis que yo no debía aceptar una proposición de esta naturaleza sin el consentimiento de Mariquita. En consecuencia dispuse que el jóven permaneciera algunos dias en mi casa, y habiendo leído en los ojos de mi hija los impulsos de su corazón, no quise vacilar por mas tiempo, y ayer se celebró el casamiento. Dentro de pocos dias saldremos para mi nuevo país.

« Me ha parecido que no debía salir de Buenos Aires sin trasmitiros mis recuerdos, porque desde la muerte de María siempre he pensado en vos. Adios.

« Etchardo. »

Devolví la carta á M. Tomás Forestier, que no quiso meterla en la cartera sin leerla de nuevo.

— ¿Quién sabe si esta será la última que me haya escrito este hombre de tan gran corazón! me dijo M. Tomás Forestier.

— ¿Y porqué la última?

— ¿Quién sabe!

— Pues yo creo, por lo contrario, que veréis de nuevo á vuestro amigo, porque toda vuestra historia demuestra de una manera irrecusable que « nunca deja de verse remunerado un beneficio, aun en este mundo. »

La experiencia justificó mi raciocinio, pues el año pasado hallé á M. Tomás Forestier y á Etchardo, como rico americano del sur, en las rocas de San Juan de Luz.

LA GIRALDA

ó

UNA CONSPIRACION DE TREINTA HORAS EN SEVILLA.

POR M. AMADEO DE BAST.

I.

El Alcázar.

En 8 de setiembre de 1703 ocurrió una explosión horrorosa que conmovió á la capital de Andalucía.

Eran mas de las doce de la noche; pero al oír el prolongado estrépito de los cristales que se rompian, el sordo crugido de las vigas que bambolean, el sacudimiento de las paredes y el lúgubre sonido de las campanas que se debatían en su caja granítica, la población entera de Sevilla se levantó sobresaltada, abriéronse de nuevo todas las tiendas, y los ciudadanos, azorados y pálidos, echaron á correr por las calles, por las plazas y por los pórticos de la ciudad poco despues de haberse echado á dormir al son de la guitarra y aspirando los perfumes de las flores y la embalsamada brisa del Guadalquivir.

Hablábanse los sevillanos sin conocerse, y se dirigian mutuamente preguntas sin entenderse, porque las grandes alarmas restituyen al hombre el sentimiento de la igualdad y de la concordia. La peste, el incendio, el hambre, la guerra, todas estas plagas á cual mas terrible, procedentes de la cólera de Dios ó de la malicia del hombre, estampan el sello de la igualdad en la frente de los mortales con mas eficacia que las revoluciones mas sangrientas. En presencia de los peligros inminentes ó de una destrucción próxima cesa de todo punto la desigualdad social; confúndense los señores con el pueblo, los artesanos con los propietarios, los amos con los criados; el hombre humilla la cabeza temblando bajo el azote de Atila, bajo la guadaña de la muerte ó bajo la espada de un Dios que ha agotado su misericordia ó que ha visto calumniados sus beneficios.

Mil noticias contradictorias circulaban entre la crédula y azorada muchedumbre, porque la credulidad es hija del miedo.

—Esto es un terremoto, decían los unos: Sevilla va á perecer, como perecieron Suza, Ecbátana y Babilonia.

—No, decían otros mas presumidos, no es un terremoto: es una explosión, tal vez un edificio que se ha desplomado.

—Puede que el Alcázar, añadan algunos ciudadanos, creyendo que solo había que lamentar la ruina de alguna maravilla arquitectónica.

—¡ Si será la casa de Pilatos (1) ó la Giralda! dijeron muchas voces.

Al nombre de la Giralda levantáronse con una ansiedad inexplicable todas aquellas cabezas consternadas, todas aquellas frentes humilladas, y todos aquellos semblantes abatidos; porque la Giralda es el paladion, la gloria, el amor, la satisfacción y el orgullo de Sevilla.

La Giralda sin embargo continuaba impasible, irguiéndose con su prodigiosa altura sobre aquel conjunto de casas moriscas, espléndidos monumentos y casuchas católicas que se llama Sevilla la bella, la codiciada, la galante.

Por lo contrario, una luna magnífica derramaba sus suaves y misteriosas tintas sobre la Giralda envolviéndola en una túnica de alabastro como la de los serafines. Con el auxilio de aquella luz melancólica se divisaban perfectamente las mas primorosas labores del sagrado edificio: los lividos reflejos de aquella luna de setiembre filtraban á través de los delicados follajes de la Giralda esparciéndose en la superficie de sus cristales de todos colores, iluminando los agraciados perfiles de las molduras y pilastras, y dando nuevo realce al venerable conjunto de la vetusta catedral, vencedora del tiempo, buque sublime que reunía en la Giralda el palo mayor, el áncora y el timon.

Al contemplar á su brillante Giralda, siempre impasible entre las borrascas celestes y terrestres, los sevillanos se iban tranquilizando paulatinamente. Nada tiene de extraordinario esta circunstancia, pues es muy sabido que el regimiento que se vé diezmando por el fuego y por las cargas de la caballería enemiga, conserva su serenidad mientras observa en el centro del amenazado cuadro la gloriosa bandera que le recuerda los antiguos peligros, los antiguos mártires de la fé militar y la ausencia de la patria. La Giralda, como llevamos dicho, era la bandera de los sevillanos, y es evidente que no podía perecer Sevilla mientras la Giralda dominara la ciudad y la Andalucía entera con sus banderolas de piedra, con sus santos arrodillados, con sus inmutables vírgenes, con sus estasiados querubines y con sus prosternados ángeles, aun cuando se detuvieran á la orilla del Guadalquivir todos los carros del egipcio, temerario invasor del mar Bermejo, aun cuando acamparan á sus puertas las innumerables huestes de Nabucodonosor, y aun cuando el mismo Senaquerib llamara con el pomo de su espada asiria á la poterna de su último baluarte.

Nada tenían ya los sevillanos.

No, nada tenían absolutamente los parroquianos del Alcázar.

Hagamos ante todo una reseña del Alcázar.

Es el Alcázar el antiguo palacio de los reyes moros de Sevilla, edificio que no tenía rival en España ni en otra nación de Europa, como que en nada se parece á la Alhambra de Granada, ni al palacio de los reyes moros de Córdoba, cuya arquitectura es del mismo género con respecto al estilo y al ornato, pero que difiere del mismo por la disposición de sus partes. Degradado por la mano del tiempo, aquel palacio no escitaría á buen seguro el asombro ni la admiración del vulgo, no obstante las encantadoras reliquias de su pasado esplendor, si el caprichoso dibujo de sus jardines, sus seculares umbrías y sus jugueteos surtidores

no rejuvenecieran eternamente las figuras de mármol, de jaspe y de pórfido que yacen bajo las doradas arenas de sus pintorescas alamedas haciendo de él uno de los mas singulares paseos del mundo y uno de los mas deliciosos de Andalucía, que puede tambien considerarse como un jardín inmenso y eternamente florido.

En tiempo de Carlos II, rey de España, el Alcázar fué sino restaurado, por lo menos hecho accesible á los numerosos españoles y extranjeros que iban á Sevilla para contemplar sus suntuosos monumentos, entre los que distingue la fama la Giralda y el Alcázar. Confióse á la destreza de los mas hábiles jardineros el cultivo y el ornato de los jardines, y Carlos II llevó la munificencia hasta el punto de contribuir con veinte mil ducados de su bolsillo secreto á la construcción de las estatuas de aquel Eden morisco y á la renovación de los estanques, fuentes y arcas que se habían destruido. Confióse la dirección de aquel palacio de hadas á un antiguo oficial de guardias valonas, y se le permitió que se formara una renta muy pingüe facilitando á los nobles y á los plebeyos la entrada á los jardines y salones del palacio, por medio de una mensualidad insignificante, pero no había entonces en España ningun plebeyo que estimara la libertad de saborear á cualquiera hora del día y de la noche los frescos aromas y los halagüeños recuerdos de un palacio sin pompa ni reyes, aunque no sin gloria.

A los pocos años el Alcázar era el punto de reunión de los nobles jóvenes de Sevilla; en él se celebraban banquetes, en él iba á dormirse la siesta, y en él dominaba tambien acaso la galantería como en los sotos de Versalles y en los pórticos de Trianon, porque todas las umbrías son asiento del amor. Lo cierto es que el antiguo oficial de guardias valonas hizo su fortuna en el Alcázar, y que además de la futura de su empleo legó á su hijo el lucrativo secreto de trocar en raudales de oro las purpúreas bebidas de Jerez y de Málaga, y el de evocar las leves sombras de las hadas y magos de la morisca corte al son magnético de los dados, de la baceta, del faraon y del chaquete. En una palabra, cualquier aficionado podía ir al Alcázar para cenar, para jugar y para cortejar con real permiso.

Al oír la explosión indicada saltaron simultáneamente los jugadores en sus asientos, los dados en el tablero, los besos en el torneado cuello de las hermosas, y las copas en sus fuentes de cristal. Enamorados y jugadores, convidados y bebedores se echaron una silenciosa mirada.

— Se habrá incendiado un almacén de pólvora, dijo flemáticamente un caballero entrado en años, que segun su marcial continente y segun un chirlo que tenía en el rostro debía de ser un oficial retirado.

— ¿Un almacén de pólvora, D. José de Mendoza? exclamó un jovencito vestido con suma elegancia y cubierto con un manto adornado con la cruz de caballero de la orden de Alcántara.

— De seguro, repitió el oficial, y segun la dirección del viento, apuesto que es el polvorin de la Sagra, cerca del hospital de este nombre.

— Será una ocurrencia francesa, repuso el joven caballero de Alcántara. ¡ Vaya que el glorioso Felipe V, nieto del glorioso rey Luis XIV, se empeña en divertirse con fuegos artificiales!

— Yo tengo para mí que el archiduque, ó por mejor decir, la facción que se escuda con su nombre es mucho mas capaz de una accion como esta que el rey Felipe V y que la Francia entera, dijo otro caballero que por la altivez de su talante y por el corte de su capa parecia castellano.

— Parece, replicó el caballero de Alcántara echando una mirada de desden al castellano, que el señor D. Luis de Almeida profesa un cariño muy acendrado á Felipe V, puesto que con el mas ligero motivo invoca su nombre, y en todas partes le prodiga elogios... Y es tan profunda en él esta idolatría, amigos míos, como que todos los doblones que saca del bolsillo llevan la efigie del

nuevo rey; á diferencia de nosotros, que no sabemos jugar sino con ducados y doblones de Felipe II, de Felipe IV, de Carlos II...

Mientras hacia una alusion tan punzante, el joven caballero mostraba con la punta de su caña de marfil las nuevas y brillantes monedas de oro que D. Luis había puesto en circulación sobre el verde tapete del chaquete.

— Y ¿qué quiere V. decir con esto, señor D. Pedro de la Gova? preguntó D. Luis aparentando serenidad.

— Quiero decir, y cualquiera dirá lo mismo, dijo D. Pedro, que las relaciones que tiene V con los ministros de Felipe V le valen no pocas de esas monedas que se acuñan para el servicio del principe, y que...

— No diga V. una palabra mas, D. Pedro, interrumpió el castellano, ó por la cruz de ese peripunte que no le dé á V. tiempo para desnudar la espada. V. es un niño, y no merece la muerte, pero sí una lección...

— Que tal vez á mí no me dará la gana de recibir, dijo con arrogancia el caballero de Alcántara: un hombre como yo no tiene obligación de cruzar la espada con un advenedizo cualquiera que se titula caballero.

— Pues la cruzarás mal que te pese, exclamó D. Luis echando el guante al rostro de D. Pedro de la Gova. Me dabas lástima por cierto, pero es preciso castigar tu insolencia... Anda...

— Señores, dijo D. Pedro levantándose, quiero que Vds. sean jueces: ¿puede obligarme á medir su espada con la mia ese caballero castellano que hace pocos dias que ha llegado á Sevilla?

— Sí, porque V. le ha insultado, contestó D. José de Mendoza.

— Es un agente de Felipe V...

— Digan Vds. un servidor de Felipe V, el rey legítimo de Vds. y mio, interrumpió D. Luis con energía; pero V., D. Pedro ¿qué está haciendo en Sevilla? lo que hace un faccioso, tal vez un espía del archiduque...

D. Pedro de la Gova hizo un gesto amenazador.

— No hay que hacerse el matasiete, añadió D. Luis, que estas cosas no nos dan miedo. Si, continuó diciendo con vehemencia, V. es un faccioso, un traidor; y esa explosión terrible que acaba de alarmar á la ciudad entera, ese odioso atentado contra la seguridad de la vida de los ciudadanos, es obra de V. y de sus compinches. Ni hay para que atribuir este acto abominable á los amigos y leales súbditos de Felipe V, porque V., D. Pedro de Gova, es quien ha pagado á los incendiarios y quien seguirá pagándolos sino se apresurase la espada de un hombre de bien á cortar de un golpe sus criminales tramas y una vida tan fatal para la patria.

— ¡ Oh! esto ya es demasiado, exclama D. Luis echando mano á la espada; sí, perro de Felipe V; es preciso enseñarte el modo de dirigir tus acusaciones.

— Tu furor y los colores que te suben al rostro son mas elocuentes que mis palabras. Sí, D. Pedro, es preciso que Dios decida entre la espada de un caballero leal y la de un despreciable conspirador.

Impacientes por venir á las manos, los dos campeones derribaron las mesas y las sillas que los separaban. No tardaron en rodar por el pavimento cedrino del Alcázar el oro, los rotos cristales, las bugías, los frascos y los vasos vertiendo raudales de vino de Chipre y de Madera.

En aquellos resbaladizos despojos se juntaron D. Luis de Almeida y el caballero de Alcántara cruzando las espadas entre dos filas de espectadores, que al ruido de la contienda se agolparon al jardín y á los salones destinados á las diversiones del Alcázar.

Oíase á lo lejos el zumbido de la muchedumbre, y los gárrulos pajarillos de los vecinos naranjos interrumpían el sueño para dar principio á los gorgoros de la mañana.

(1) Así se llama al suntuoso palacio de los duques de Medinaceli.



Si, perro de Felipe V; es preciso enseñarte el modo de dirigir tus acusaciones. (Pág. 3, col. 3ª.)

II.

Baltasar.

No fué muy duradera la lucha. Herido en el estómago por la espada de su contrario, D. Pedro de Gova cayó al suelo cuan largo era, dando apenas alguna señal de vida.

— Por Dios huya V., caballero, dijo por lo bajo á D. Luis una jóven que habia permanecido constantemente á su lado durante el combate; sí, huya V., porque ese señor á quien acaba V. de matar pertenece á la familia del duque de Medinaceli, y es muy terrible su venganza.

Mientras el castellano escuchaba con cierta indiferencia un consejo tan generoso, el oficial D. José de Mendoza se aprovechó del desorden que ocasionaba en la sala la asistencia que se prodigaba al herido, y tomándole por el brazo le dijo:

— Venga V. conmigo, señor D. Luis, y tenga confianza en un soldado como V. No me cabe la honra de conocerle, pero los hombres de corazon se conocen luego. Venga V.

Y esto diciendo bajó con él al jardin.

Los jardines del Alcázar forman un laberinto inextricable. Las andancias de aquel Eden, en donde crecen y se confunden las ramas del limonero, de la encina, del naranjo, del sicómoro, del olmo y de la palmera son infinitas, y apenas bastaria con el hilo de Ariadna para seguir sus vueltas y revueltas, sus imprevistos retiros y sus misteriosas soledades.

D. José condujo al castellano á una alameda de las mas remotas y le dijo:

— Caballero, no podia tener V. un lance peor en Sevilla, porque el infeliz adversario está unido con vínculos de sangre á la ilustre casa de Medinaceli...

— Ya lo sé, contestó D. Luis.

— Y no falta quien diga, continuó Mendoza, que D. Pedro de Gova es hijo natural del duque.

— ¡Y qué se me da á mí! replicó el castellano, ¿porqué me prodigaba tantos ultrajes? ¿Por

ventura no correspondia yo á su insolencia y audacia con toda la calma y la moderacion posible?

— Corriente; pero...

— En vez de portarse con nobleza, segun el uso establecido por todos los caballeros de la cristiandad, no me ha arremetido como una fiera? ¿Ha reclamado acaso testigos que arreglasen las condiciones del combate? Nada de eso: por consiguiente la defensa es legítima, y escusable el homicidio. Siento mucho haberle muerto, pero no tengo fuerza para arrepentirme de haberlo hecho.

— Lleva V. mucha razon, caballero, y no he querido traerle á este sitio solitario para hacerle observaciones á lo Séneca, sino para sustraerle á un peligro inminente. Sí, D. Luis, el jóven calavera cuya jactancia ha castigado V. tan cruelmente es en Sevilla el jefe del partido alemán. Yo no diré que haya intervenido directa ni indirectamente en la explosion de esta noche, pero sí diré, porque me consta de positivo, que no hay un partidario mas zeloso de Carlos ni un emisario que se someta mas ciegamente á la política de Guillermo. Esta es la situacion de V.: los allegados públicos y privados del archiduque, los amigos del rey Guillermo y de la alianza inglesa, los miembros casi omnipotentes de la familia Medinaceli, todos van á ponerse furiosos; veinte puñales se levantarán contra V., y es preciso pensar en la seguridad propia, no precisamente por la persona, sino por la augusta causa que V. debe de sostener.

— Gracias, caballero, dijo D. Luis, gracias por su solicitud y buenos consejos, pero ni puedo aprovecharme de la una, ni aceptar los otros. Apenas hace un mes que estoy en Sevilla, no conozco á nadie, ni puedo salir de la posada donde he establecido mi alojamiento mientras permanezca en la capital de Andalucía, só pena de hacer noche á la luz de las estrellas como un nuevo é incomparable D. Quijote.

— No me atrevo á ofrecerle á V. un asilo en mi casa, porque seria un asilo poco seguro, replicó D. José, pero sí, puedo ofrecerle uno que no serán capaces de descubrir todos los amigos

de Medinaceli ni todos los paniaguados del archiduque y del rey Guillermo, aunque hubiera cien mil en Sevilla.

— Y ¿qué retiro es ese?

— Señor, es la Giralda.

— ¡La Giralda!... ¡oiga! ¡La torre de la catedral de Sevilla!

— La misma, caballero. El guarda de la Giralda es un tal Baltasar, judío convertido que al repudiar la fé de sus abuelos no ha abandonado los preceptos de rapacidad y de usura de las tribus de Israel. Por dinero Baltasar hace, ó por mejor decir, haria cualquier cosa, mas que fuera un sacrilegio ó un homicidio. El guarda de la Giralda le facilitará á V., asegurándole una buena recompensa, un aposento de la torre, ó sea, uno de los nidos contiguos á los oscuros ángulos de la torre, durante semanas, meses y aun años enteros. Nadie conoce como Baltasar aquellos escondrijos aéreos, de manera que en ellos estará V. á cubierto de cualquier golpe de mano, y aun de todos los puñales del mundo, pero es necesario aprovechar el tiempo. Venga V., caballero, que se oye ruido, y no seria extraño que los amigos de D. Pedro de Gova, recobrados del primer susto, anduvieran buscándole.

— Estoy pronto á responderles si llevan espada, dijo el castellano con altivez.

— Y yo tambien, dijo D. José, pero tienen por auxiliares á los alguaciles del corregidor y los verduguillos de la Santa Hermandad. Por favor, caballero, en nombre del rey Felipe V, venga V. conmigo.

D. Luis siguió á Mendoza, ó por mejor decir, se dejó llevar de sus instancias, y el veterano, que conocia perfectamente las entradas y salidas de los jardines del Alcázar, á fuerza de hábiles marchas y contramarchas le sacó de aquel palacio de los reyes moros sin que nadie pudiera reconocerle.

Habiendo llegado silenciosamente al interior de la ciudad, D. Luis dijo á su compañero:

— Y ese guarda de la Giralda ¿no tendrá inconveniente en admitir á un desconocido en su guarida de águilas y buhos?



D. José de Mendoza dió siete golpes con el pomo de su espada á la puerta inferior de la torre. (Pág. 6, col. 1.^a.)

— No hay que temer, respondió D. José, porque Baltasar no le dirigirá á V. la menor pregunta. Ese hombre me debe algunas atenciones, y aunque la virtud favorita de los judíos, si quiera convertidos, no es el agradecimiento, tengo que ser justo con él, pues siempre ha aprovechado todas las ocasiones para servirme. Ante todo quiero haceros una pintura de ese hombre.

— Me hará V. mucho favor.

— Baltasar es un viejo pálido, calvo, de baja estatura, corvo y ceñudo, y aunque no tiene todavía sesenta años, parece octogenario, porque los sórdidos hábitos de su raza y los suyos propios han demacrado y descolorido su cuerpo con ayunos voluntarios y con la desecante contemplación del oro. Baltasar es jovial con los demás, pero, según parece, quiere cumplir con una puntualidad rigurosa los preceptos de su nueva religión, sin que por esto quiera yo decir que se haya despojado enteramente de su índole natural ó que deje de ofrecer sacrificios secretos al becerro de oro.

— ¡Oh! replicó D. Luis, este culto no le observan exclusivamente los judíos, que muchos cristianos viejos conozco yo, que merecerían que se rompieran las tablas de la ley sobre su cabeza, como en otro tiempo hizo Moisés al bajar del monte Sinaí.

— Desengáñese V.; judíos, cristianos, mahometanos, todos marchamos á pasos agigantados á la idolatría, dijo D. José: todos empezamos por la indiferencia, llegamos á una incredulidad absoluta y concluimos por caer en la superstición de la idolatría. Tal es la marcha que está siguiendo el entendimiento humano cuarenta siglos hace; tal es la nuestra... Pero concluyamos en dos pinceladas el retrato del huésped. La familia de Baltasar se compone de dos hijos, una niña de diez y seis ó diez y siete años, y un muchacho de seis ó siete: la niña, que se llama Inesilla, es un milagro de la naturaleza, y no hace muchos meses que se consideraba su belleza como una de las maravillas sevillanas, mas ahora no se la vé en ninguna parte, y esta súbita desaparición se atribuye á alguna querrela amorosa. En cambio

de tanta hermosura, su hermano es idiota, raquítico y bizco, en fin, una criatura desgraciada que da lástima é inspira repugnancia. Admiramos sin embargo los caprichos de la inteligencia humana, pues aunque Baltasar se dejaría triturar por un maravedí, aunque es un judío que está sudando la avaricia, la envidia y el egoísmo por todos los poros, aunque es un usurero descreído y avariento, daría todas sus riquezas, todos sus tesoros y todas sus fincas para salvar á cualquiera de sus hijos, no diré de las garras de la muerte, sino del dolor mas insignificante. Baltasar es un padre como hay pocos, sencillo y frugal para sí, pero que compraría el imperio de las Indias, si se le pusiera en venta, para satisfacer un capricho de su hija, y aun mas de su hijo.

Razonando de esta suerte los dos caballeros llegaron á la puerta de la célebre torre de la catedral de Sevilla.

— Por fin hemos llegado, dijo D. José; mas antes de llamar á la puerta de la Giralda permítame V. que le haga una pregunta que en otras circunstancias podía parecer indiscreta. ¿Tiene V. dinero? Porque si ha agotado V. su caudal en el juego, me cabe la satisfacción de ofrecerle estos 200 doblones que no dejará de necesitar V. en este retiro pasajero, pues Baltasar hará pagar la hospitalidad á peso de oro.

— Mil gracias, señor de Mendoza, contestó D. Luis; todavía tengo unos 100 ducados, y con esta suma creo tener lo suficiente para subvenir á las mas urgentes necesidades de mi encierro... que á buen seguro no será muy duradero. Además creo que no dejaré V. de venir á ver al nuevo estilita, y si acaso me convienen algunos doblones aprovecharé una oferta tan generosa.

— Y me hará V. mucho favor.

— Pero si D. Pedro de Gova y sus compinches no tenían derecho para saber la causa que me ha traído á Sevilla, no es justo que la ignore un caballero tan leal y tan cumplido como V. parece. Yo me llamo D. Luis de Almeida; mi padre es grande de España de primera clase, y el deseo de poner mi país á cubierto de la guer-

ra civil me ha inducido á abandonar las diversiones propias de mi edad y de mi categoría para recorrer todas las provincias de la monarquía española ya como soldado, ya como apóstol político: en una palabra soy celador (1).

— Ya me lo presumía, D. Luis, porque desde la primera visita que hizo V. en el Alcázar vislumbré el objeto de su viaje y la distinción de su raza, replicó D. José. En cuanto á mí, pues es preciso corresponder á la franqueza con la franqueza, sin que el hombre de corazón pierda nunca con ser sincero, no puedo ciertamente lisonjearme de un origen tan ilustre; pero mi familia no deja de ser una de las mas antiguas y recomendables de Valladolid. El último inquisidor general era tío de mi madre, y á este parentesco es debido el favor que he podido prestar al judío Baltasar. Entré muy joven en el servicio, hice la guerra en Alemania y en los Países Bajos, y obtuve el grado de capitán en el regimiento de Illescas, pero hace cinco años que la gravedad de mis heridas me obligó á pedir el retiro y fijé mi residencia en Sevilla, porque el clima de Andalucía es tan favorable para las heridas del cuerpo como para las aflicciones del ánimo. Este es, caballero, el resumen de mi historia, pero cuando las circunstancias sean mas propicias tendré el gusto de referirla por entero.

— Con que es V. castellano, replicó D. Luis. Siendo así me cabe la doble satisfacción de deber á un paisano y á un soldado el precioso é inestimable obsequio que me está V. dispensando.

— Apesar de mis heridas, dijo D. José, mi brazo puede todavía sostener el peso de un fusil y dar un sablazo: quiero decir que siempre estaré dispuesto á defender ó vengar á mi rey, á mi patria y á mis amigos.

D. Luis tendió la mano al veterano oficial, y este la estrechó tiernamente.

— Me parece, dijo Mendoza, que lo mas acertado es entrar ahora mismo en casa de Baltasar,

(1) Así se llamaba á los individuos de un cuerpo muy numeroso, que estaba encargado de estimular el zelo de los partidarios de Felipe V en todas las provincias de España.

porque estoy viendo algunas de esas cataduras exóticas que huelen á alguacil ó á miguelete, y es preciso burlar á unos y otros.

Y esto diciendo, D. José de Mendoza dió siete golpes con el pomo de su espada á la puerta inferior de la torre, que estaba forrada de hierro.

Al oír el séptimo golpe se presentó el viejecito, vestido apenas con una raída hopalanda de tiritaña de Segovia y armado con una linterna, aplañando sus ojos verdes, lagañosos y pestañeantes á la rejilla de la puerta.

— Plaza á D. José de Mendoza, dijo el compañero de D. Luis.

Apresuróse el viejecito á meter una llave en la cerradura titánica, y á las cinco ó seis vueltas se abrió la poderosa puerta rechinando sobre sus enmohecidos goznes.

— Baltasar, dijo Mendoza al judío que se inclinaba en su presencia como pudiera hacerlo el mas pintado imán ante la tumba de Mahoma, traigo un caballero amigo mio que necesita pasar algunos dias en el hospitalario regazo de la Giralda. Con que os le recomiendo y cuento con la solicitud de siempre.

— D. José de Mendoza, mi ilustre y generoso protector, contestó el judío convertido, sabe muy bien que para mí sus recomendaciones son órdenes.

— No tengo que intimaros orden alguna, Baltasar, pues el título de protector que me dais no me autoriza para exigir...

— Todo puede V. exigirlo de mí, todo, absolutamente todo, señor de Mendoza, replicó el judío, pues son tantos los favores que he recibido, como que todo lo sacrificaría en obsequio de V., menos mis hijos.

— Pues así lo queréis, os contaré en el número de mis deudores, dijo D. José, mas por ahora no deseo otra cosa sino que deis un alojamiento seguro á este caballero.

— Tan seguro estará aquí como en el vientre de su madre, dijo el judío, y aunque descendiera de Nabucodonosor en línea recta, no serian parte las doce tribus de Israel con armas y todo para vengar en él las desgracias que les acarreó aquel tirano en las orillas del Eufrates. *Super flumina Babylonis.*

— Adios, ó por mejor decir, buenas noches, D. Luis, dijo Mendoza dejando que Baltasar continuara con sus citas bíblicas; mañana no vendré, porque podría ser que llegara á descubrirse este asilo, pero pasado mañana, á la hora de la siesta, vendré tal vez con buenas noticias.

Estrecháronse fuertemente la mano los dos caballeros, y despues de haberse inclinado de nuevo ante D. José de Mendoza, apresuróse Baltasar á cerrar la puerta de aquella gran fortaleza aérea llamada la Giralda, echando tres vueltas á la llave.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

I.

Acababa de ponerse el sol, y por consiguiente me pareció oportuno retirarme. Descendí yo por las orillas del Neva empuñando la brida del caballo que me seguía paciendó, cuando de repente descubrí á nuestro anciano cura con su caja de hoja de lata.

— Nunca paseaba M. Boyer por aquel sitio, pues cada tarde se dirigía á los prados de Villanzy, que, según decía, abundaban mas en insectos y mariposas que las orillas del Neva, y así es que su vista no dejó de sorprenderme.

— Buenas tardes, María, díjome el cura, parece que os retiráis mas tarde que de costumbre.

— Echad la culpa á Griset, le contesté ¿no veis como se detiene á cada paso para comer?

— Hace bien, así echa mas cuerpo, ¡pobre Griset!

— Acercóse el cura al caballo y se puso á acariciarle.

— Parece que está mucho mejor, pero ya se vé: con buen heno en invierno y yerba fresca en verano ¿qué necesita mas?

— Pero no todos los hombres tienen lástima de los animales; ¿quién sabe si el que lo ha comprado se contentará con darle paja cada día!

— ¡Vender á Griset, señor cura! por nada en el mundo consentiría mi tío en separarse de él.

— ¿No habeis observado que triste se va poniendo M. Binois?

— Si por cierto; mas de una vez le he sorprendido llorando silenciosamente desde que su hijo partió para el ejército.

— Ya, pero... no es esta la única causa de su tristeza.

— Detévine al oír estas palabras, y me puse á mirar al cura atentamente.

— Habeis venido á buen seguro para participarme alguna desgracia: en nombre del cielo decidme que ocurre.

— María: en cierto modo yo os he criado, y sé que teneis corazón y religion, dos cosas que ayudan á sobrellevar no pocos quebrantos, dijo el cura en tono de gravedad y ternura. Vuestro tío está arruinado: aquel caudal que iba allegando paulatinamente con objeto de comprar un sustituto para su hijo, pero que el buen muchacho no quiso admitir, es insuficiente para pagar á sus acreedores. En consecuencia se vé precisado á venderlo todo y ponerse de criado en alguna casa, pero yo le he hallado un empleo de administrador en el castillo, y el pobre por lo menos tendrá pan y abrigo.

— ¡Y qué va á ser de mí! exclamé yo procurando contener el llanto.

— Una señora rusa que ha vivido mucho tiempo en el país y que secretamente profesa nuestra religion, desea hallar una maestra para sus hijas, y yo he pensado en vos. La familia de esa señora es rica y honrada, de manera que podeis entrar en ella sin temor alguno.

— Y ¿cuando iré?

— Cuanto mas pronto mejor, hija mia, pues cuando debe hacerse un sacrificio, lo mas acertado es hacerlo inmediatamente. Esta noche os traeré las cartas y el dinero que necesitáis, y mañana saldreis por el camino de hierro. Y no hay que amilanarse, pobre María, que Dios no puede abandonaros.

A la llegada del cura, Griset dejó de pacer, y á medida que iba andando levantaba los ojos á mirarnos como si estuviera pensativo. Generalmente relinchaba de alegría cada vez que nos acercábamos á la cuadra, mas aquel día no relinchó por cierto.

Sentado á la chimenea, con la frente oculta entre sus manos, mi tío no observó mi llegada; mas aunque yo dispuse la cena cantando como de costumbre, anudábase mi voz en la garganta, y mi entumecido pecho exhalaba los mas profundos sollozos. Rato hacia que el pan estaba encima de la mesa, y mi tío no se meneaba.

— Vamos, le dije yo haciendo que me sonreía, venid á sentaros á la mesa.

— Cena, hija mia, me contestó sin moverse siquiera, que yo no tengo gana de cenar.

— ¡Oh! yo no quiero cenar sin vos, tío mio, y menos siendo esta la última vez.

Al pronunciar esta palabra, no pude contener los sollozos. Mi tío se levantó y me estrechó contra su corazón.

— Será que hayas visto al cura y te lo haya revelado todo. Desde que se fué Jaime, no parece sino que la desgracia se ha apoderado de esta casa. Es preciso salir de ella, puesto que me espulsan: no tengo casa ni hogar, y me regocen por lástima como á un perdido. ¡Y tengo

que abandonarte, pobre María, hija mia, continuó mi tío llorando, cuando habia jurado á tu madre moribunda no abandonarte jamás!

— Llevemos en paciencia las penas que Dios nos envía: ya llegará el día de la recompensa.

No quise parar hasta que mi viejo tío se sentó á la mesa. Yo me senté á su lado, pero ni uno ni otro podíamos comer: mi tío continuó guardando silencio, y yo miraba tristemente todos los objetos que tan pronto debia abandonar, el piano, los estantes de nogal donde tenia los libros, dos tortolillas que mi primo me habia regalado y que estaban arrullando en la jaula, el hogar donde habia visto tantos y tan felices amigos, y el retrato de mi madre superado del ramo de la última pascua florida.

Afortunadamente fué el cura á visitarnos, como me habia prometido, despues de haber hecho los preparativos para mi viaje. El mandadero debia esperarme al amanecer á la entrada del pueblo para conducirme en su calesín á la estación del camino de hierro.

Despues de haberme suministrado todas las noticias necesarias en orden á la familia adonde iba á entrar y las instrucciones relativas á mi colocacion, se despidió para que yo hiciera mis preparativos, y en consecuencia me vi de nuevo sola con mi tío.

— María, díjome este, tengo que pedirte un favor. Quebrantado por los años y por la desgracia, no puedo vivir mucho; por lo que si no llegamos á reunirnos de nuevo jamás, prométeme no abandonar á mi pobre hijo, para quien no hay nadie en el mundo sino tú, á quien pueda hablar de su padre. Yo esperaba pasar los últimos años de mi vida en compañía de vosotros dos, pero el cielo ha dispuesto lo contrario, y es preciso que se cumpla su voluntad. María, pobre María mia; plegue al cielo que las bendiciones de un viejo redunden en tu felicidad.

Y esto diciendo, estendió sus trémulas manos sobre mi cabeza dirigiendo á Dios una oracion que yo estaba escuchando de rodillas. Levantéme en seguida, y entrambos echamos á llorar, apoyados mutuamente en los brazos uno de otro, para subir en seguida á nuestros aposentos.

No necesité mucho tiempo para hacer mis preparativos de viaje; pero antes de emprenderle tenia que cumplir con una obligacion. Habiase apagado la luz del cuarto de mi tío; y reteniendo el aliento bajé poco á poco, abrí la puerta y salí al campo.

Las once daban en el reloj de la iglesia, y en todas partes reinaba el mas profundo silencio. Á la izquierda del Neva hay un barranco estrecho que corre culebreando entre dos matorrales, y al extremo del barranco hay el cementerio del pueblo.

Asomaba la luna en el horizonte, y aunque yo no tenía miedo, no dejaba de sentirme conmovida; pero por fortuna el cementerio parecia un jardín y no tenia nada de lúgubre. Sus campesitres sepulturas estaban adornadas con arbustos y con flores, y en los vecinos sotos estaba cantando un ruiseñor cuando hínqué las rodillas sobre la tumba de mi madre.

— ¡O madre mia! exclamé con todas veras, amada madre mia, tengo que despedirme de vos; ya no podré venir mas á rezar y departir con vos; fuerza es abandonar una casa donde vivía dichosa; huérfana soy, y tengo que despedirme de mi país y de mi familia para ir á vivir á larga distancia y en país extranjero. Madre querida, protegéd á vuestra hija, ¡velad en ella desde lo alto del cielo!

Concluida mi oracion, cogí un ramo de flores de las que adornaban la tumba de mi madre, y llevé conmigo aquella reliquia.

Cuando estuve de vuelta me eché en la cama sin desnudarme; mas aun no habia pegado los ojos cuando el gallo cantó, arrullaron las tortolillas, y Griset echó su relincho matutino. Levantéme inmediatamente para salir, pasé de pun-

tillas delante de la puerta del cuarto de mi tío, y observé que el piadoso cielo le había concedido un sueño tranquilo y reparador. Arrodiéme delante de él, y besando su arrugada mano le dirigí mis últimas palabras de consuelo.

El cura me estaba esperando. Tiempo hacia que el campanero estaba enfermo, y entre tanto le sustituía M. Boyer. Entramos en la iglesia; recitamos juntos la oración a la Virgen *in periculo maris*, y luego se oyó el traqueteo del coche y el chasquito del látigo que anunciaban la presencia del mandadero. Renovéme el cura sus instrucciones, y me prometió escribirme.—No os olvidaré jamás en mis oraciones, añadió estrechándome paternalmente contra su pecho.

Corría el calesín en la carretera, y aunque yo quería contener las lágrimas y mostrarme fuerte, al llegar al puente del Neva, cuando oí las campanas con que el cura tocaba el *Angelus*, no pude reprimir el llanto.

Al otro día por la mañana llegué á Estraburgo, y en seguida atravesé la Alemania hasta Lubeck, en donde debía embarcarme en un buque de vapor en dirección á Cronstadt.

Cuando estuve en Travemunda, que es el punto destinado para embarcarse, vi rusos por primera vez. En la fonda donde estaba esperando la hora de salir, había una familia rusa perteneciente á la alta nobleza y muy acaudalada, si ha de juzgarse por sus avíos y por el gran número de sus criados. El príncipe K... se dirigía á Francia con su mujer, su hijo mayor y sus dos hijas, y cuando le manifesté que era francesa entabló conversacion y me dirigió varias preguntas relativas al país que acabada de abandonar. Terciaron en la plática su mujer y sus hijas, y no pudo menos de sorprenderme la jovialidad y franqueza que revelaban aquellas fisonomías. Parecióme que estaban alegres como suelen estarlo los estudiantes en tiempo de vacaciones, y todavía duraba la conversacion cuando se oyó la campana del buque. Mis improvisados amigos se despidieron manifestándome que deseaban que hallase en Rusia la prosperidad mas completa, y yo me despedí tambien muy satisfecho, porque me parecia que aquel encuentro era un feliz agüero para lo sucesivo.

La travesía de Travemunda á Cronstadt es de cuatro dias, mas el mareo no me permitió nunca subir á cubierta. En la mañana del cuarto día me sentí mejor, y subí para contemplar las bajas y nebulosas costas de Finlandia que iban descubriéndose de cada vez mas y que se extendían á uno y otro lado, mostrando algunos grupos de abedules. El país apareció constantemente triste y monótono hasta que llegamos á Cronstadt, cuyas fortalezas graníticas saludó inmediatamente nuestra pacífica artillería.

Mareada como estaba, no pude alternar con los demás viajeros hasta el último día de la travesía, pero observé que generalmente no se hablaba mucho. Había á bordo ingleses, alemanes y rusos; cada nacionalidad ocupaba un puesto separado, y un viejo comerciante, que cada dos años iba á San Petersburgo por razon de sus negocios, representaba á Francia conmigo. Este comerciante, á quien habia conocido en Travemunda, se llamaba Martin, nombre ciertamente muy vulgar, pero que me trae á la memoria una cordialidad y paternal asistencia que no podré jamás echar en olvido.

Diez minutos hacia que el vapor habia llegado al puerto cuando vimos una lancha que se dirigía á nosotros. No tardé en distinguir el traje y el rostro de los remeros; los infelices estaban andrajosos y repugnantes, y sus facciones argüían la miseria y las privaciones á que los infelices suelen resignarse por la fuerza del hábito. En la proa de la lancha habia un oficial con algunos soldados.

—Esos son aduaneros, me dijo M. Martin, pero no estando con ellos el gobernador de Cronstadt, seguramente no podremos desembarcar has-

ta mañana por la mañana, porque ese funcionario debe presidir al interrogatorio de los viajeros, y no suele confiar á nadie una ceremonia tan importante.

En efecto, el oficial colocó centinelas en los cuatro ángulos del buque, y nos manifestó por medio del capitán que quedábamos consignados á bordo hasta la llegada de S. E. el gobernador, que á la sazón estaba en San Petersburgo por asuntos del servicio. Por lo demás, se nos dijo que probablemente estaria de regreso al otro día.

Estábamos á mediados de julio, época en que las noches del polo consisten en un crepúsculo instantáneo. No pudiendo resistir al sofocante calor que hacia, permanecí en la cubierta escuchando la voz de los centinelas, y la pesada y melancólica melodía con que cantaban unisonos los pobres remeros de la lancha. Paseábase delante de nosotros á largos pasos y con un aire tan arrogante como triste, un hombre de edad madura, pero de elegantes y distinguidos modales: sus facciones que parecían naturalmente apacibles y benévolas, habian tomado un aspecto meditabundo y ceñudo que me llamó la atención, y en consecuencia pregunté á M. Martin si conocia á aquel viajero.

—Este es uno de los señores mas poderosos de Rusia, me respondió; rico, ingenioso, instruido; es el conde E... que figura entre los mas amables representantes de la aristocracia rusa.

—Pues no lo parece, porque en todo el día no ha despegado los labios. Muy diferente es el príncipe K....

—Lo creo; mas esto se explica diciendo que el príncipe K... se marcha, y el conde E... regresa. Para el uno empiezan las vacaciones, cuando para el otro concluyen.

El gobernador no llegó hasta las diez de la mañana del siguiente día. Un redoble de tambor en la cubierta nos anunció su presencia advirtiéndonos que habia llegado el momento de presentarnos á él, y en breve todos los viajeros se hallaron reunidos en el salón del buque, que por este solo hecho quedaba convertido en sala de audiencia.

El gobernador estaba sentado á una mesa, y á su lado habia un secretario encargado de escribir las respuestas de los viajeros. Mi interrogatorio tuvo lugar en los siguientes términos:

- ¿De qué país sois?
- De Francia.
- ¿Cómo os llamais?
- María Neville.
- ¿Qué edad teneis?
- Veinte y dos años.
- ¿Cuál es vuestro estado?
- Soltera.
- ¿Con qué objeto venis á Rusia?
- Para colocarme como maestra.
- Torció el gesto el gobernador, y luego añadió:

- ¿En donde teneis la colocacion?
- En casa de la señora Feodora Napukine.
- Está muy bien: vamos á otro.

M. Martin me indicó que me dirigiese á los aduaneros, pero la visita no debia ser muy larga, porque todo mi equipage consistia en una maleta y algunos libros. Devolvieronme la maleta, pero no los libros, porque para recobrarlos es preciso dirigir la reclamacion competente á San Petersburgo.

La isla donde se ha construido la ciudadela de Cronstadt está situada á la misma entrada del golfo de Finlandia y á unos treinta kilómetros de distancia de San Petersburgo, edificada en el delta de un rio sembrado de islas que debe cruzar el viajero para llegar á la capital del imperio ruso. El pequeño buque de vapor que cedió á nuestro magnifico paquebote del Báltico penetró en el canalizo mas profundo, donde sopla á veces el viento de oeste que sustituye á la marea, fenómeno desconocido en aquel mar. Descubríase por un lado la Ingria, por otro lado la Finlandia, y

en todas partes un país velado por una capa de niebla, que en vano atraviesan los rayos del sol para disipar su tristeza y monotonía. La única frondosidad que se observa en aquellas aguas es la de los pinos y de los abedules: el azulado humo de algunas cabañas campestres atraviesa el aire lentamente para perderse en un cielo siempre nebuloso, y en la soledad de una campiña desierta, dominada por el silencio de una inesplicable melancolía, se encumbra el enorme castillo de Oraniemburgo, recuerdo de la omnipotente privanza de Menschikoff. Complacíame en escuchar tristemente, si así vale decirlo, aquel profundo silencio, cuando de repente se oyó un gran tumulto en la cubierta, que en un momento llenaron los viajeros. Por todas partes resonaron estas palabras: «San Petersburgo! San Petersburgo!»

Asomaba efectivamente en el horizonte la célebre ciudad con sus pintadas cúpulas, con sus campanas de oro, con sus portadas y con columnatas, mezcla singular de arquitectura griega y de arquitectura bizantina, curioso conjunto que confunde el arte del Oriente con el de Europa. Llegaba por fin al término de mi viaje, y es preciso confesar que á la vista de un espectáculo tan grandioso eché en olvido las ocupaciones á que debia dedicarme en una tierra donde penetraba por la vez primera. Embargaba todas mis facultades la obra imponente de Pedro el Grande, y no acertaba á concebir aquel prodigio de la voluntad humana que trocara en una de las primeras ciudades del mundo un espacio yermo ó selvático, poblado de fieras y cuajado de cenagales inmensos.

Habiendo desembarcado en frente de la aduana, situada en el muelle inglés, nos encontramos con otros empleados, que nos sujetaron á un interrogatorio semejante al de Cronstadt registrando de nuevo nuestros equipajes. Terminada esta operacion, se me acercó una señora de cuarenta años que vestia un traje tan severo como elegante, y me dijo con mucha amabilidad.

—¿Sois acaso la señorita María Neville?

—Sí señora. ¿Me haréis el obsequio de decirme á quien tengo la honra de hablar?

—Soy Feodora Napukine, y no he querido confiar á nadie el cuidado de acompañaros á vuestra nueva morada. Mi coche nos está esperando en el muelle.

Seguí á la señora Napukine hasta un coche de bastante elegancia, aunque sin lujo, dirigido por un cochéro que llevaba una barba larga.

Las distancias son muy considerables en San Petersburgo, y esta ciudad me pareció cortada de jardines, dilatados cementerios y espacios inmensos, incultos y solitarios. La señora Napukine me hizo con mucha finura varias preguntas relativas á mi viaje, pero de vez en cuando las interrumpia para llamar mi atención sobre los monumentos que se iban presentando, y entonces fué cuando ví por la vez primera la estatua de Pedro el Grande, situada en una roca con una pomposa inscripcion que decia *Catalina II á Pedro el Grande*, la magnífica iglesia de san Isaac y el nuevo palacio de invierno que fué devorado por un incendio y reedificado en el espacio de un año.

Mientras me dirigia á mi nueva morada, contemplaba de paso aquella ciudad inmensa. Ya yo habia leído en las geografías que San Petersburgo está situada á los 59° 56' 14" de latitud norte y á los 47° 59' 30" de longitud del meridiano de la isla de Hierro. Estiéndese la ciudad en ambas márgenes del Neva ocupando al mismo tiempo algunas islas formadas en la desembocadura del rio; del lado del sur y del oeste domina al golfo de Finlandia, y en todos los demás puntos ofrece una inmensa llanura. Desde la cubierta del buque habia observado ya todas estas circunstancias cerciorándome de la especie de soledad que reina en las avenidas de aquel grande hormiguero de hombres, y el interior de la ciudad produjo en mi ánimo la misma impresion. Los transeúntes desaparecen, si así vale decirlo, en aquellas an-



Madre querida, protegé á vuestra hija, ¡velad en ella desde lo alto del cielo! (Pág. 6, col. 3ª.)

churosas aceras, y los grupos pasan desapercibidos por aquellas calles inmensas y tiradas á cordel; pero observé que por las calles circulaban muchos soldados y pocas mujeres. Lo que mas llamó mi atención es el traje del pueblo, pues todos los hombres llevan barba y una gorra de paño como un melón ó un sombrero chato, de copa muy ancha y alas estrechas; sus cabellos, rapados en la nuca, caen en trenzas á uno y otro lado del rostro dejando desnuda la garganta; en vez del paletó ó de la blusa de nuestros artesanos visten, á la moda persa, una bata muy larga, muy ancha y generalmente azul, aunque tambien los hay que la llevan parda ó agamuzada; para ajustar el caftan al talle hacen uso de un ceñidor de seda ó de lana de colores brillantes, y calzan unas anchas botas de cuero que forman arrugas en la parte superior.

Por las noticias topográficas que me habia dado de San Petersburgo M. Martin, sabia que esta ciudad tiene treinta y cinco kilómetros de circunferencia, nueve de largo y ocho de ancho. Está separada por el Nawa en dos partes iguales, y dividida en dos islas, á saber, Wasilioshoff y la isla de San Petersburgo, que forman tres barrios, el Almirantazgo, el Liteinia y Wiborg.

La casa de la señora de Napukine estaba situada en el barrio de Liteinia, y consistia en un reducido edificio de dos altos y de humilde aspecto. Al oír el estrépito del coche, acudió una criada para abrirnos la puerta: era una muchacha de mi edad, que vestia el traje nacional de las campesinas moscovitas, es decir, una bata larga de lana, llamada *sarafana*, que se ajusta á la cintura con un cordon de color y cuyas mangas holgadas, pero cortas, dejan flotantes las de la camisa, un gorro de terciopelo (*kakoschnich*) que forma una especie de diadema bordada de perlas y de oro, y una cabellera rubia que flota en trenzas sobre los hombros.

—Señorita, me dijo la señora de Napukine en tono de bondad, bueno será que descanséis. Quiero yo misma acompañaros á vuestro cuarto, y ya mandaré avisaros á la hora de comer. Generalmente comemos á las cuatro: mi hermano

estará tambien á comer, porque ha venido del campo para pasar algunos dias en San Petersburgo, y tendré la honra de presentarle la maestra de sus sobrinas.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VARIEDADES.

Biografía de D. Antonio de Campmany.

POR V.

Don Antonio de Capmany y de Montpalau nació en Barcelona en 24 de noviembre de 1742; cursó humanidades y lógica en el seminario conciliar de la misma ciudad; entró en clase de cadete en el regimiento de dragones de Mérida, pasó luego con el grado de subteniente á las tropas ligeras de Cataluña, y despues de haber militado en la guerra de Portugal en 1762, solicitó el retiro en 1770 para casarse con Doña Gertrudis de Polaina y Marqui, natural de la villa de Utrota. Habiéndose establecido en Madrid, fué recibido inmediatamente en la academia de la Historia, que en 1790 le eligió su secretario perpetuo. Dedicóse á varios ramos de literatura con mucho fruto, no siendo posible hacerse cargo de su erudicion inmensa sin recordar, como dice él mismo, que habia leído cuanto de América se habia escrito, desde el inca Garcilaso hasta el moderno Humboldt; mas en el cúmulo de sus escritos se distingue particularmente como filólogo, como humanista y como economista historiador.

Llevado seguramente del deseo de vindicar á sus compatriotas por el descuido que se les supone en el estudio de la lengua nacional, esforzóse en adquirir un conocimiento perfecto de ella, y en verdad puede decirse que en este punto llevó una señalada ventaja á no pocos escritores castellanos, aunque por las dificultades en que tropezaba en la pronuncacion se vió en la imposibilidad de conquistar los laureles que suministra en las asambleas parlamentarias el talento de la palabra hablada. Muchos son los trabajos literarios que dió á luz en el decurso de los treinta y cinco años que llevó de residencia en la corte; pero los que mayor popularidad han alcanzado entre los puristas, historiadores y retóricos son los siguientes:

Arte de traducir el idioma francés al castellano con el vocabulario lógico y figurado de la frase comparada de ambas lenguas. 1776.

Filosofía de la elocuencia. 1777.

Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona. 1779.

Comentario etc. sobre la nueva traduccion castellana de las Aventuras de Telémaco. 1798.

Diccionario francés español. 1805.

La guerra de la independencia, que los estrangeros mismos clasifican entre nuestras glorias mas admirables, llevó á Capmany al seno de las Cortes, y si nuestro docto paisano no se distinguió en ellas como orador eminente, sobresalió sin embargo por su patriotismo y aun por un exclusivismo que en tiempos normales pareciera tal vez exagerado. En 29 de setiembre de 1810 propuso que ningun diputado pudiese solicitar ni admitir empleos, pensiones, gracias, mercedes ó condecoraciones para sí ni para otra persona alguna; en 10 de diciembre de 1810, habiendo cundido la voz de que el rey cautivo deseaba contraer matrimonio contra los intereses de la nacion, formuló una proposicion para que ningun rey de España pudiese contraer matrimonio con persona alguna, sin previa noticia, conocimiento y aprobacion de la nacion española, legitimamente representada en las cortes, y para que se vea cuan profundo era el entusiasmo que inundaba en su pecho generoso la defensa de la patria, hasta con decir que en el seno de las mismas cortes llegó á declarar que en su concepto la guerra debia hacerse con furor, palabras que solo pueden parecer inescusables á los que no conocen el inminente peligro en que se hallaba entonces la comun patria y el sentimiento de justa indignacion que animaba á todos sus hijos.

Murió Capmany en Cádiz, de resultas de la epidemia que afligió en 1813 á aquella ciudad, en la cual fué sepultado; pero no pudiendo Barcelona recusar la gloria de poseer en su recinto los despojos de uno de sus mejores hijos, porque los honores que se tributan á los muertos, sobre ser un acto de rigurosa justicia, son un estímulo poderoso para los vivos, se ha apresurado á recoger la preciosa prenda que poseia la ciudad de Cádiz á título de depósito, y es de esperar que el eminente patricio y distinguido hablista reposará prontamente en un mausoleo digno de sus virtudes y de su esclarecida fama.

LIBRERIA DE J. VERDAGUER, RAMBLA, n.º 5.

Imprenta de J. Oliveres y M.